

gencia divina. Por eso se detiene en el análisis del argumento teleológico; parece la prueba más acorde con los logros de la cosmovisión actual que señala la existencia de dimensiones finalistas en la naturaleza. Se habla de la formulación de la 5ª vía de Tomás de Aquino, que gira en torno a la finalidad tendencial individual de cada cuerpo y a la cooperación en la naturaleza y al orden de ésta en su conjunto. El término de la prueba es Dios como causa final. Éste actúa de dos maneras: como objetivo propuesto por el agente (esto se aprecia por experiencia ordinaria y por los logros de la ciencia actual) y como tendencia global hacia lo óptimo. Todo esto supuesto, sorprende entonces la tremenda actualidad del concepto de "naturaleza" que Tomás de Aquino propone en *Comentario a la Física de Aristóteles*, en el capítulo 8 del Libro II: «es el plan de un cierto arte impreso en las cosas, por el cual las cosas mismas se mueven hacia un fin determinado». Esta definición acentúa «la racionalidad de la naturaleza, su conexión con el plan divino y el énfasis que se pone en la auto-organización» (p. 317).

Desde aquí se comprende cómo se articula la autonomía de la naturaleza con la existencia de su fundamento radical, sin caer en un planteamiento panteísta: «No se trata de una mera compatibilidad; la acción divina proporciona las condiciones de posibilidad del dinamismo natural y de todos sus despliegues particulares, pero los cauces que canalizan el dinamismo natural poseen una consistencia propia y una inteligibilidad que es resultado de un plan superior racional» (p. 319).

Este libro puede sin duda ser de gran ayuda para todos los que se introducen en la Filosofía de la Naturaleza. Su edición como Manual no está reñida con el rigor científico y la claridad expositiva que tanto se agradecen; la prolija compartimentalización se salva bien con los comienzos y finales de los capítulos; y la claridad y actualidad de los ejemplos que se aducen aclaran los conceptos de materia y forma, potencia y acto, etc, mejorando con mucho la ejemplificación tradicional.

En resumen, es una obra que vuelve a atraer la atención sobre la Filosofía de la Naturaleza no sólo para los filósofos sino también para los científicos, antropólogos y teólogos.

Alfonso BERLANGA GAONA

Battista MONDIN, *La Cristologia di San Tommaso D'Aquino*, Urbaniana Univ. Press, Roma 1997, 248 pp., 15,5 x 21,5, ISBN 88-401-1044-5.

El libro responde exactamente al título: la Cristología de Santo Tomás de Aquino. B. Mondin presenta en él una síntesis solvente y bastante completa de la doctrina cristológica del Aquinate. Es una exposición sistemática, ordenada y clara, del pensamiento cristológico de Santo Tomás teniendo siempre como

principal punto de referencia las cuestiones tratadas en la *Summa Theologiae*. Hay que añadir a esto que el conocido profesor de la Urbaniana y Presidente de la Società Internazionale di San Tommaso d'Aquino se ha esmerado en que esta síntesis resultase asequible a un público amplio. Y lo ha conseguido con la sabiduría y el buen hacer que le caracterizan.

El orden de los capítulos es de una gran lógica. El libro comienza con un capítulo introductorio, titulado *La cristología antes de Santo Tomás* (pp. 15-55) en el que trata de la cristología neotestamentaria, patristica y medieval, deteniéndose en San Anselmo de Aosta y Pedro Lombardo. Siguen unas páginas (57-76) dedicadas a los escritos cristológicos y al método teológico de Santo Tomás. Y ya se entra de lleno en la cristología como tal, que está dividida en los capítulos siguientes: *Cristo en el proyecto de la Trinidad* (pp. 77-91); *Refutación de los errores cristológicos* (pp. 93-103); *La doctrina católica de la unión hipostática* (pp. 105-117); *Los privilegios de la humanidad de Cristo* (pp. 119-157); *Los oficios mesiánicos de Cristo* (pp. 159-170); *Los misterios de la vida de Cristo* (pp. 171-220); *El Cristo de Santo Tomás hoy* (221-246).

El orden seguido es claramente el de la *Summa Theologiae*. La exposición está adornada por las características que suelen acompañar a las obras de B. Mondin. El lector no quedará defraudado por esta síntesis de la cristología tomasiana. Y hay muchas cosas que le gustaría que el autor hubiese tratado, entre otras razones, porque su tratamiento hubiera resultado verdaderamente interesante. Así sucede, p. ej., con el tema de la unidad del *esse* en Cristo. Hay más diferencia de lo que el autor deja entender entre la solución dada por Santo Tomás en la *Quaestio disputata de unione Verbi Incarnati*, (a 1, ad 10 y a. 4) y la STh III, q. 17, a. 2. La solución tomasiana es aparentemente tan diversa en estos escritos tan cercanos en el tiempo que hizo dudar de su autenticidad tomasiana y ha arrancado juicios como estos a algunos tomistas: «La solución que parece más razonable es que la cuestión disputada (...) no es efectivamente un escrito del mismo Santo Tomás, sino una transcripción, o *reportata*, de las explicaciones de Santo Tomás sobre esta materia hecha por alguno de sus oyentes, que no acertó a captar el pensamiento de su maestro, sino que lo modificó y lo flexionó notablemente, pasando después a figurar entre sus escritos por lo mismo que había sido tomada de sus explicaciones» (M. CUERVO, Introducción a la STh III q. 17, en *Suma Teológica de Santo Tomás de Aquino*, t. XI, Madrid 1960, p. 627). Naturalmente nadie aceptaría hoy la solución propuesta por Cuervo, pero ella apunta a un desacuerdo entre ambos textos, que parece real y que merece la pena tratar en una *Cristología de Santo Tomás*.

Algo parecido podría decirse de cuestiones, quizás no tan nucleares, pero sí verdaderamente interesantes, en las que se muestra el talante profundo de Santo

Tomás. Mondin ha subrayado con razón la importancia que Santo Tomás otorga a Pedro Lombardo. Hubiera sido muy aleccionador facilitar al lector lo que Santo Tomás opina de la respuesta que da Pedro Lombardo a la cuestión de si Cristo durante el triduo de su muerte fue hombre. La respuesta es contraria a la de Lombardo y pone de relieve el pensamiento antropológico de Santo Tomás fuertemente radicado en la unidad del hombre. En este lugar, Santo Tomás califica la posición de Lombardo con un escueto «quod etiam patet esse falsum», pues estima que él y Hugo de San Víctor en su respuesta a esta pregunta han dicho «verba erronea, sed sensum erroris non habentes» (*STh* III, q. 50, a. 4, in c).

Se trata de cuestiones interesantes y que ayudan a comprender mejor los perfiles exactos de la Cristología de Santo Tomás. Lo mismo sucede con algunas cuestiones, p. ej., el asunto de la ciencia adquirida de Cristo en las que Santo Tomás, ya en su plenitud, ha reconsiderado y formulado con mayor precisión sus afirmaciones del *Comentario a las Sentencias*. Y es que la buena pluma de Mondin hace que, al leer el libro, nos suceda lo que Virgilio cuenta que sucedió a los troyanos ante la narración de Sinón: *ardemus scitari et quaerere causas* (*Eneida*, II, 105). Deseamos conocer más.

Lucas F. MATEO-SECO

Luigi PADOVESE (dir.), *Atti del VII Simposio di Efeso sul S. Giovanni Apòstolo*, Roma 1999, 370 pp., 16 x 22.

Como ya es habitual cada dos años, en 1998 se ha celebrado en Éfeso el VII Simposio dedicado a San Juan. El animador y director de estas jornadas, Luigi Padovese, profesor del Instituto Antonianum de Roma y presidente del Instituto Franciscano de Espiritualidad, nos recuerda que estos trabajos de carácter arqueológico, bíblico y patristico intentan contribuir al conocimiento de la ciudad de Éfeso, cuyo papel fue fundamental en la historia del cristianismo de los primeros siglos. Allí, antes que en otros lugares de la antigüedad, el cristianismo ha vivido la experiencia de la misión, de la inculturación y del pluralismo (cfr. p. 6).

Este año, como dijimos, la atención se centra en San Juan y en los escritos que se le atribuyen, ricos en contenido teológico y, al mismo tiempo, de una complejidad que deja abiertas aún muchas cuestiones. Índice de ello son las numerosas publicaciones que aparecen cada año. Por otro lado, queda por conocer la relación que se daba entre las comunidades joánicas y las convocadas por el Apóstol San Pablo. Entra aquí la necesidad de acudir a los estudios interdisciplinarios del Nuevo Testamento, en los que los diferentes enfoques